

Primera conferencia.

“Amigos de las Artes”, 3 octubre 1929.

LIBERARSE DE TODO ESPIRITU ACADEMICO

He recorrido a pie gran número de calles en Buenos Aires y ello representa, ¿no es cierto? un kilometraje imponente. He mirado, he visto y he comprendido...

He de hablaros de “espíritu nuevo”, a vosotros, que sois el *Nuevo Mundo*. Pues bien, me pregunto si tendré bastante influencia sobre vosotros.

Pues Buenos Aires es un fenómeno completo. Hay aquí una unidad formidable: un bloque único, homogéneo, compacto. Ningún fallo en el vaciado masivo. Sí: el interior de la casa de la señora Ocampo.

Entonces, ¿cómo atreverme a deciros que Buenos Aires, capital sur del Nuevo Mundo, aglomeración gigantesca de energías insaciables, es una ciudad errónea, paradójica —una ciudad que no es ni de espíritu nuevo, ni de espíritu antiguo, sino simplemente y únicamente, una ciudad de 1870 a 1929, cuya forma actual será pasajera, cuya estructura es indefendible, excusable, pero insostenible, insostenible como lo son esos inmensos barrios de ciudades nacidos en Europa bajo el signo súbito de la expansión industrial de final del siglo XIX,

en el más lamentable de los fines y de los medios? Historia de esas ciudades activas surgidas entre el martillo y el yunque: Berlín, Chemnitz, Praga, Viena, Budapest, etc., o que sufren el impulso gigantesco del maquinismo: París.

No obstante, aquí, en el fondo del estuario del Río de la Plata, existen unos elementos fundamentales. Son tres bases eminentes de urbanismo y de arquitectura:

el mar y el inmenso puerto,
las magníficas vegetaciones del Bosque de Palermo,
el cielo argentino...

Pero se puede decir que no se les ve ni al uno ni al otro desde el interior de la ciudad. La ciudad está desprovista de mar, de árboles y de cielo.

Se descubre, también, esta otra realidad que cuenta para una gran ciudad, y que permite augurar un futuro prodigioso:

el estuario del río, gigantesca puerta por donde entran las cosas del mundo entero.

la llanura, que va a chocar con el mar y sobre la cual puede elevarse sin tropiezos una ciudad agitada por lo sublime de la creación humana.

y esos *hinterlands inmensos* de pampa, de planicies y de montañas, con ríos gigantescos, terrenos de cultivo, terrenos para cría de ganados, terrenos de minerales, yacimientos, etc. Todo lo necesario para que la industria nazca y que la agricultura produzca.

Son contados los países que poseen semejante topografía y semejante geografía, de donde pueda surgir de manera tan normal, una ciudad que sea un *puesto de mando*.

Aquello que, en el mundo entero, ha sido producido al principio de la época maquinista, no es más que el fruto de una convulsión del espíritu y el efecto de un equívoco; pienso, fríamente, que todo esto deberá desaparecer.

La fuerza de donde han surgido unos monstruos —nuestras ciudades llamadas “modernas”— esa fuerza poderosamente acrecentada por su propio impulso, pronto sabrá desechar la incoherencia, destruir ese primer utillaje gastado, y en su sustitución, introducirá el orden, expulsará el despilfarro, impondrá la eficacia y producirá la belleza!

El tema que voy a tratar: arquitectura y urbanismo, es tan vasto, tan móvil; tiene raíces en tantos acontecimientos, se precipita por sí mismo a tan lejanas perspectivas, que las diez conferencias de las cuales tengo el compromiso podrían ser cien, y aún me quedaría corto.

Cuando durante veinte años se han hecho, paso a paso, unas investigaciones; cuando estas investigaciones parecen llegar, al fin, a un sistema claro, simple y completo, es un verdadero alivio, al mismo tiempo que una experiencia peligrosa, ir a justificarse delante de X... con unas demostraciones precisas, que permiten —que os permitirán— hacerme preguntas, hacerme correcciones, de contradecirme, en una palabra, es algo útil someter a un veredicto general toda esta serie de hechos enlazados que constituyen una *doctrina*. La palabra *doctrina* no me espanta. Muy a menudo se me ha tildado de doctrinario. Doctrina quiere decir un haz de conceptos derivados, íntimamente, los unos de los otros, según las leyes de la razón. Aún así, es menester que unos acontecimientos perentorios obliguen a abandonar el viejo cabezal de las costumbres seculares, para dirigirse hacia lo desconocido y forjar una nueva actitud a nuestras ideas, para asignar unos objetivos fecundos a nuestros gestos y para sacudir, incluso de forma brutal, una tranquilidad asegurada desde tanto tiempo por el mecanismo gubernamental y omnipotente de unas academias encargadas de redactar la profesión de fe tranquilizadora de los pueblos.

La profesión de fe académica no es más que un espejismo; es engañadora y constituye el peligro de la época.

El mundo está en plena perturbación.

Ha intervenido un acontecimiento nuevo: el *maquinismo*.

Un formidable siglo de conquistas científicas, el siglo XIX, ha operado la transformación molecular del mundo; ya no estamos enlazados al ayer, somos otro cuerpo social: *una época maquinista* ha nacido y sucede a la época premaquinista que se remonta muy lejos a través de la historia. Se ha vuelto una hoja.

El maquinismo lo ha trastornado todo:

— *las comunicaciones*: antiguamente, los hombres organizaban sus empresas a escala de sus piernas: El tiempo tenía otra clase de duración. La noción de la tierra era de grandeza, ilimitada. La flora humana (quiero decir con ello las flores espirituales producidas por el espíritu creador) estaba diversificada, múltiple; las costumbres, los usos, las maneras de obrar y de pensar, la vestidura estaba ordenada por innumerables pequeños centros administrativos parecidos a las nubecillas matinales y que expresan la forma primaria de agregación,

de administración; se administra aquello que se ve, lo que se puede alcanzar, lo que se puede controlar...

— *la interpenetración*: un día, Stevenson inventó la locomotora. Se rieron. Y cuando unas gentes de negocios —primeros *capitanes de industria* que serán los nuevos conquistadores— toman el asunto en serio y piden concesiones, Monsieur Thiers, el hombre de Estado que dirigía Francia, intervino con insistencia en el Parlamento, rogando a los diputados que se ocupasen de otras cosas más serias: “ ¡Jamás un camino de hierro (interpreten ustedes esta palabra de la siguiente forma: jamás un *camino hecho con hierro*) no podrá enlazar dos ciudades...! ”.

Vinieron después el telégrafo, el teléfono, los buques, los aviones, la T.S.F. y ahora la televisión. ¡Una palabra dicha en París se encuentra en vuestras casas en la fracción de un segundo! Las largas operaciones intercontinentales que se encaminaban hacia su solución con ritmos anuales, obedecen a unas cadencias horarias. Innumerables emigrantes atraviesan los mares; nuevas entidades nacionales brotan, formadas por una fusión de todas las razas y de todos los pueblos: los Estados Unidos o vuestro país... Basta una sola generación para esta alquimia fulminante. Los aviones van por todo el mundo; su ojo de águila ha escudriñado el desierto y ha penetrado en la selva virgen. Precipitando la interpenetración, el hierro, el teléfono hacen pasar constantemente la provincia a la ciudad, la ciudad a la provincia...

— *el aniquilamiento de las culturas regionales*: aquello que se creía que era lo más sagrado; la tradición, el patrimonio de los antepasados, el pensamiento del país natal, la expresión leal de esta primera célula administrativa, se ha derrumbado; todo no es sino destrucción, aniquilamiento. La máquina de imprimir no es, en realidad, sino del siglo XIX; todo se ve y todo se sabe con una rapidez estremecedora. El diario es del siglo XIX. La fotografía es del siglo XIX lo mismo que el cine. Y el “sonoro”, es cosa reciente. Así, pues, podéis leer todo lo que ocurre. Diariamente, a mediodía, podéis conocer el latido del mundo entero. Aquí, en vuestros salones de cine podéis oír la voz del mar norteamericano; los golpes de la resaca contra las rocas; podéis oír los gritos de la muchedumbre de aquel partido de boxeo que se celebra al otro extremo del mundo. Estáis oyendo y veis al mismo tiempo, en todas las pantallas de todos los cines de Buenos Aires, a mister Hoover arengando a su pueblo y aprenderéis a hablar en inglés. Podéis oír los cantos melódicos y fascinantes de Hawaï y véis a los pescadores bajando al fondo del mar, coger la ostra que les proporciona el sustento cotidiano y hasta podéis ver como un relám-

pago, al terrible tiburón. Podéis ver como emprenden sus conquistas amorosas los chinos, los yanquis, los alemanes y los franceses. Todos los paisajes os son familiares. Os ha llegado un conocimiento extraordinario del mundo. La Tierra es pequeña, ya sabéis de qué está hecha: ya no encierra ningún misterio, habéis visto, igualmente, los bloques de hielo del Polo Norte.

Y la locomotora os ha traído los trajes de Londres y las modas de París. ¡Podéis lucir el sombrero hongo!

Una disolución fenomenal, que se precipita todos los días y que pronto será total. Los únicos acontecimientos por encima del alcance maquinista parecen resistir: los negros siguen siendo negros y los indios rojos. ¡Y aún así! Por todas partes la sangre negra se infiltra en los blancos, y el rojo en los negros y en los blancos.

Los que lloriquean injurian la máquina perturbadora. Los que son inteligentes y activos piensan: registremos, mientras aún se pueda, por la fotografía, el cine o el disco, por el libro, la revista, etc., todos estos sublimes testimonios de unas culturas seculares. Es al estudiarlas que podremos encontrar la lección del mañana; son los ejemplos de la grandeza humana. Debemos forjar una nueva grandeza en la época maquinista, un nuevo aspecto del alma nueva de los tiempos modernos.

Y en esta interpenetración precipitada, la mancha lo invade todo, lo afea todo, lo brutaliza, devasta y aniquila. Una especie de danza macabra se abatió sobre todo lo que era puro y noble. Un afán de oro embargó a esas poblaciones en migración. ¿Quién explicará un día por qué la fealdad, el horror, la falsedad, pudieron ser el alimento exquisito de nuestros padres? América del Sur, o del Norte y vosotras, todas esas ciudades de Europa de los forjadores, y esta célebre cultura que hemos ido a llevar a los chinos, a los indios, a los árabes, a los japoneses, todo fue hecho bajo el signo retorcido de llamar la atención, de dar el golpe, de la más desvergonzada pretensión, de la más notable abdicación de la dignidad. Yo creo que la persecución del oro por el oro es un envilecimiento del alma y que el hombre no tiene razón de existir si no está animado por una elevada intención. Sin intención elevada, las bajas potencias dominan, producen, polucionan y han trastornado el mundo. Sin embargo, afirmo que el siglo XIX destructor de todas las civilizaciones, fue sublime...

— *una movilidad súbita, intensa, en la familia y en la ciudad: el trabajo ya no se reparte como antiguamente; el padre de familia ya no es la clave de un régimen jerárquico. La familia ya se destruyó.*

Los hijos y las hijas, el padre y la madre, cada cual partió cada mañana hacia los talleres o las fábricas. Tuvieron toda clase de contactos, buenos y malos. Conocieron esas nuevas corrientes sociales, que, día tras día, iban transformando el estado molecular del mundo. El hogar ancestral ha perdido su alma; el hogar permanece, pero está lleno de desorden; cada cual aporta su porción de creencias, de ideales, su fetiche; esos diversos fetiches, en el viejo hogar, crean un tumulto horrendo y por todas partes la familia se ha desmoronado.

¿La ciudad? Es la suma de todos estos cataclismos locales. Es la adición de todas estas cosas impropias; es equívoca. La tristeza se abate sobre ella. ¡Qué punzante melancolía en los hechos! ¡Y qué máquina admirable es el hombre que, sobre tantas ruinas, en semejante precariedad, busca obstinadamente un nuevo equilibrio! La ciudad, de repente, se ha convertido en gigantesca; tranvías, trenes de cercanías, autobuses, metro, hacen un tropel cotidiano, frenético. ¡Qué despilfarro de energía, qué derroche, qué contrasentido! Y porque la corporación de los fondistas es poderosa, así como la de los medios de transporte, a mediodía se dobla ese contratiempo cruel; todavía no se ha creado, excepto en ciertos países, la jornada laboral de la época maquinista. Y porque yo la reclamaba un día en un escrito*, un senador me interpeló agriamente: “¿Por qué se mete en lo que no le importa? ¡Ocúpese de urbanismo!”...

— *una ruptura brutal, rápida*

costumbres seculares,

maneras de pensar.

Todo es falso,

ya no suena,

ha de reajustarse:

los conceptos morales,

los conceptos sociales...

Lo que afirmo aquí, está implicado ya en lo que os acabo de decir. Pero me detengo en este reajuste de los conceptos morales y de los conceptos sociales. Tengo el derecho a ello, pues me refiero al hombre-individuo y a ese hombre que vive en sociedad; y esto es la base misma de la arquitectura y del urbanismo.

* “Vers le Paris de l'époque machiniste” — “Le Redressement Français”, 28, rue de Madrid, París.

Los *Cahiers de l'Etoile*, me piden con insistencia que responda a la siguiente encuesta:

A — “¿Existe una inquietud particular en nuestra época?”

B — 1.º — ¿La constata usted en su mundo y qué formas toma?

2.º — ¿Cómo se expresa esta inquietud en y ante la vida social?

3.º — ¿Y en la vida sexual?

4.º — ¿Y en la fe?

5.º — ¿Cual es su efecto sobre la actividad creadora?

C — La Inquietud, ¿no es el sufrimiento de una humanidad que busca hallar su unidad liberándose de sus prisiones (tiempo, espacio y soledad individual)?

En este caso, una época de gran inquietud ¿no señala el despertar de una nueva conciencia? Y si nos encontramos en una época semejante, ¿podemos ya separar esta nueva conciencia y sus caracteres? ”

¡He aquí lo que hay de la arquitectura y del urbanismo!

Yo creo que estamos viviendo en un equívoco profundo y en una hipocresía deprimente. El *contrato social* actual no es más que un residuo. Su moral es cruel, pérfida, mentirosa; es inmoral. El dogma bíblico que empieza por definir pecado al acto de hacer el amor, que es la ley de naturaleza fundamental, ha podrido nuestros corazones, ha acabado por resultar, en este siglo veinte, unas nociones de honor y de honestidad que son sólo unas fachadas que recubren, muchas veces, mentiras y crímenes. El peso de este contrato social sobre nuestros más legítimos y normales actos, esclaviza a muchedumbres enteras —esclavitud medida en lo más profundo de los corazones y sufrida en la intimidad de un dolor que se disimula. ¡La caridad de los sacerdotes empieza su obra por un equívoco que le hace un camastro de desgracia y que le sirve para definir a su Satanás! Está pronto dicho y pronto hecho; hoy, es juzgar sin ni tan sólo mirar: ¡famosos ejemplos para designarlos desde lo alto de los púlpitos! Y, en efecto, ¡el castigo recae sobre esos pecadores! El castigo ¿de quién? Sencillamente, la cruel e inconsciente “honestidad” de aquellos que siguen aparentemente el código. Está tan bien juzgado como la suerte de una tropa lanzada en el tiro de primera línea de la vida; ¡los que reciben los obuses son los pecadores! ¿No es un espectáculo angustioso el de la gran prensa describiendo con todo detalle el drama “escandaloso” — ofensa a la dignidad humana! de una pobre muchacha que se ha hecho abortar? ¿Quieren saber por qué se ha hecho abortar, esa muchacha? Busquen bien: arquitectura y urbanis-

mo. Pues la arquitectura expresa el estado de pensar de una época y hoy, nos ahogamos en la represión.

¿La fe? Suban a un avión y vuelen sobre las inmensas llanuras *donde está la naturaleza*, la naturaleza que nos ha hecho y cuyas fuerzas aparecen aquí. Se hará un debate en vuestra alma y tendréis inmensas inquietudes (no las del Infierno, sino las del Destino). Y vuestro acto de fe lo haréis vosotros mismos, diciendo: “ ¡Es igual, yo quiero! ”.

¿El efecto de la inquietud sobre vuestra actividad creadora? Habéis dicho: “ ¡Yo quiero! ”. Yo quiero obrar libremente, individualmente, mirar, ver, comprender, juzgar y decidir. Y pensaré que es más agradable dar que recibir, considerando, al mismo tiempo, que siempre hay alguien a nuestro alcance a quien se puede dar. Pensaré que la felicidad, que mi felicidad reside en el poder creador que hay en cada uno de nosotros, poder que podemos cultivar, del cual podemos extraer unos juicios útiles para nuestra línea de conducta. Podré tomar parte en la vida por la afirmación de mi punto de vista. ¿Que me pondré en conflicto con el “contrato social”? ¡Será muy doloroso! Pero la abdicación también es dolorosa. Y si somos mil, diez mil, cien mil, haremos saltar el “contrato social”.

Nos encontramos frente a una decisión: nuestra felicidad depende de nuestra lealtad. La lealtad es insumergible. Lo repito: los males que nos vendrán debido a nuestra actitud, serán menos crueles que los de someterse como unos esclavos. Seamos precisos: la obsesión de los hombres es la libertad, ahí está todo el asunto. Hagamos de esta palabra unos hechos, para nosotros mismos, para nuestro uso.

Y ya he llegado al centro mismo de mi tema: arquitectura y urbanismo. Ya me siento el camino abierto. Voy a poder denunciar el *academicismo*, en nombre de lo que hay de más profundo en nuestros corazones: obrar animado por un espíritu de verdad.

La época maquinista lo ha trastornado todo:

comunicaciones,
interpenetración,
destrucción de las culturas regionales,
movilidad repentina,
ruptura brutal de costumbres seculares,
formas de pensar.

Las tres grandes bases del urbanismo han entrado en el juego:
el sociológico,
el económico,
el político.

Adoptamos nuevas costumbres,
 aspiramos a una nueva ética,
 buscamos una nueva estética,
 Y a todo esto, ¿qué forma de autoridad?

Nos queda una constante: *el hombre*, con su razón y sus pasiones —su espíritu y su corazón— y, en este asunto de arquitectura, el hombre *con sus dimensiones*.

¿Quién fue el perturbador?

¿Quién fue el introductor de la época maquinista?

El ingeniero.

Su obra cubre el mundo, ella lo ha puesto en movimiento. Encontraríais superfluo que insistiera. ¡Está bien! Sin embargo, os ruego que intentéis apreciar, en vosotros mismos, la envergadura del resultado, trasladándoos cien años atrás. Quisiera que os sintierais impelidos por esa inmensa ola que se ha desplegado, que ha constituido una especie de acontecimiento cósmico en el cual los hombres se han visto arrastrados a la fuerza, sin poder reaccionar, leer, sentir o apreciar. Un acontecimiento cósmico sin ningún freno, ni ninguna barrera...

¿Quién es el visionario, el lector del acontecimiento, el profeta que se proyecta frente a la marcha de los acontecimientos?

El poeta.

¿Qué es el profeta? Es aquel que, en medio del torbellino, sabe ver los hechos, sabe leerlos. Aquel que percibe las relaciones, que denuncia las relaciones, que designa unas relaciones, que clasifica unas relaciones y que proclama unas relaciones.

El poeta es aquel que enseña la nueva verdad.

¿El aspecto de los tiempos presentes? La brutalidad de las cifras, del peso, de la cantidad, del beneficio, del puñetazo (¿podría ser moral?).

¿Así, pues, no es más que un pozo negro, una decadencia, una desesperación?

Todo es muerte para quien no sabe juzgar, sino que *sufre, aquel que sigue con los pies pegados en el ayer*. Está derrotado, destruído, destrozado. Para él todo no es más que una catástrofe irreparable, la muerte de los hermosos días...

¿El aspecto de los tiempos presentes? La más prodigiosa epepe-

ya, los heroísmos desconocidos, los descubrimientos asombrosos, los encuentros sensacionales. ¡Oh, poeta, es inútil que te inclines en graciosos minuetos! El mundo entero estalla de vida, de renacimiento, de actos positivos. Basta ver y apreciar: “Una gran época *acaba de empezar**.

Volviendo la espalda a los osarios, una aurora violenta.

¿Por qué evocar los osarios? Porque las emanaciones de innumerables cosas muertas invaden nuestro olfato. La máquina moderna está todavía impulsada en las excreciones de los actores holgazanes. Existen los vividores, los beneficiados, los que se encuentran cómodos y pretenden no moverse. Están en todos los lugares donde circula la energía nacional. En biología, es una terrible enfermedad, el cáncer, que mata, ahogando.

Es el academicismo que se agarra de ese modo a los puntos vitales del cuerpo social.

¿Qué es el academicismo?

Definición del académico: aquel que no juzga por sí mismo,
que admite el efecto sin controlar la
causa,
que cree en unas verdades absolutas,
que no hace intervenir su “yo” a cada
pregunta.

Por lo que aquí nos respecta, —arquitectura y urbanismo— academicismo, es lo que admite unas formas, unos métodos, unos conceptos, porque existen y no se pregunta el por qué de ello.

En la rutina de la existencia cotidiana, la muchedumbre piensa en académico. Obedece, eso es mucho más fácil. Pero en las horas precisas en las cuales vivimos, su obediencia la pone en un estado de desacuerdo, de no-acuerdo, puesto que no reacciona a unas relaciones, sino más bien a unos objetos codificados, etiquetados, vendidos por los comerciantes o los buenos pastores y estampillados “recono-

* “*L'Esprit Nouveau*” — Revista internacional de actividad contemporánea, n.º 1 - 1920.

cidos como aptos” por los Institutos (¡y hay que decir que hay muchas clases de Institutos!).

Esta clase de servidumbre no le proporciona grandes satisfacciones, al contrario. Su existencia se desarrolla en una babel de cosas ilegales. ¡Convenciones, costumbres, palabras de sumisión! En los objetos con los cuales se rodea, en las casas que construye, en las ciudades donde vive, en la vida de sociedad que lleva, en la moral a la cual se somete, es lo inexacto, lo inadecuado, lo inconveniente, los desperdicios. Y los minutos de la vida transcurren sin ningún gozo auténtico, con el pesado apagador puesto sobre las aspiraciones naturales. Es obrar según unas órdenes dadas y *no según la propia iniciativa*. ¡Es la sujeción y esta sujeción está instigada por las Academias! La Academia de Bellas Artes fija las normas de la belleza y otras academias literarias, por el teatro, el cine y el libro, intoxican los corazones crédulos de las más artificiales maquinaciones amorosas.

He experimentado en una vida desprovista de quietud, en una vida llena de incesantes inquietudes, la profunda alegría del “cómo” y del “por qué”.

¿Cómo?, ¿por qué?

Me tildan hoy de revolucionario. Voy a confesaros que no he tenido nunca más que un maestro: el pasado; una sola formación: el estudio del pasado.

Todo,
durante mucho tiempo,

todavía hoy: los museos, los viajes, los folklores. No vale la pena que os lo explique, ¿no es cierto? Ya me habéis comprendido: he ido allá donde habían obras puras —las del campesino o las del genio—, siempre con mi pregunta ente mi: “¿Cómo? ¿por qué?”.

He sacado del pasado la lección de historia, la razón de ser de las cosas. Todo acontecimiento y todo objeto están “*en relación a...*”

Es por eso que quedo sin opinión frente a unas escuelas y que hasta el presente he rechazado las cátedras de enseñanza que me han propuesto.

Colocado en el evento contemporáneo, sigo preguntándome (¡con qué obstinación, con cuánta insistencia, con cuánta espera angustiada!): “¿Cómo, por qué?”.

No se podría medir bastante cuánto este *cómo y por qué*, planteados simplemente, con toda sencillez, pero también con valentía,

planteados, incluso, con un candor tan ingenuo como indiscreto o insolente, aportan una *respuesta temeraria*, insólita, asombrosa, revolucionaria. Y es que los datos del problema, la razón del “cómo” y del “por qué”, son hoy unos sucesos mucho más confusos de lo que se cree.

El ingeniero fue el perturbador, el portador de los hechos, el hombre predestinado del “cómo” y del “por qué”. ¡Sin embargo, pronto pierde aliento en la pendiente resbaladiza de la respuesta!

He llevado al ingeniero en la empavesada. *Vers une architecture** (mi primer libro, 1920-21, *L'Esprit Nouveau*) le estaba dedicado en una buena parte. Era un poco por anticipación. Iba a presentir muy pronto “al constructor”, al nuevo hombre de los tiempos nuevos.

Ingeniero, es el análisis y aplicación de los cálculos; constructor, es síntesis y creación.

✦ Observen ustedes esto: el ingeniero, admirable en sus tareas meticolosas, inclinado sobre su regla de cálculo, es, la mayoría de las veces, un perfecto rebelde contra los hijos que crea. No cree en ellos más que como una máquina que funciona. No les reconoce un organismo de pensamiento. No *conoce* su obra; la sufre. Incluso se justificará, queriendo rectificar la actitud que podría dársele. Solamente la economía, la penuria de dinero, le obligan a abandonar su obra en ese instante puro de funcionamiento bruto y en ese estado de una cierta pureza. Si el dinero afluye, le véis que asesina su obra. No hablo ahora, naturalmente, de los admirables Eiffel y Freyssinet y muchos otros también, cuyo nombre no me viene ahora a la memoria.

Mal pasajero, crisis de crecimiento, eslabón de la evolución, transferencia de poderes. Hay que decirse que el mundo maquinista es nuevo y que es necesario un poco de “wait and see” antes de que se organicen todas las cosas.

Cuando la noción de los nuevos tiempos sea pertinente, cuando la armonía contemporánea sea asegurada, exaltada por un nuevo espíritu, y conquistada como consecuencia de una resolución tomada en ir hacia *delante* y no hacia *atrás*, cuando nos habremos vuelto *hacia la vida* y no nos hayamos cuajado en la muerte, entonces habrá nacido el constructor y la inmensa producción de los tiempos modernos se

* *Hacia una arquitectura* – Editorial Poseidon, Barcelona.

orientará unánimemente, hacia la claridad, el gozo, la nitidez. Se acerca esa hora, podéis creerme. Suena simultáneamente en todos los países, en la Argentina, como en Francia y lo mismo en el Japón.

Pero primeramente, y en todas partes, es necesario que el espectro académico sea abatido.

No se debe pensar en académico.